

## **El telegrafista**

Por: Fulkner

*Navacerrada, mayo de 1844, reinando Isabel II, la de los tristes destinos.*

Llegamos a la hospedería a eso de la media tarde de ayer. El camino en la diligencia desde Madrid fue dificultoso, pues pasamos por obras en un par de tramos. Me gustaría creer que tendrán continuidad y que, en pocos años, dispondremos de carreteras al mismo nivel que Francia o Inglaterra; pero no sé qué pensar. La hospedería se halla estratégicamente situada, a legua y media del puerto de Navacerrada, en su falda, al inicio del bosque de Valsaín. El mismísimo Fernando VII -a quien Dios confunda por sus desatinos- fue cliente asiduo del lugar, que está en el camino al Real Sitio de San Ildefonso. Precisamente, el telégrafo se construyó para él, como servicio de información dondequiera que estuviera el rey... o la regente... o nadie, porque en aquellos años nunca se entendió la utilidad que podía tener este invento. Cenamos frugalmente, sopa caliente, un poco de pollo y vino de Jerez, para dormir pronto, porque esta mañana nos esperaba trabajo de campo, de reconocimiento del lugar, de reencuentro con un pasado que hubiera preferido olvidar.

La pasada navidad recibí una convocatoria de Manuel Varela, ilustrado de renombre, nuevo y flamante Director de Caminos. Sorprendidísimo por la urgencia (y por las fechas), acudí a su gabinete. *-El tiempo apremia-* fue lo primero que me señaló. El año que finalizaba había sido pródigo en acontecimientos: Espartero era un cadáver político, la regencia de María Cristina concluía e Isabel II, precipitadamente y con sólo trece años, hacía apenas mes y medio que había sido proclamada reina. *-Amigo mío, soplan nuevos tiempos, aires de progreso-* me dijo Varela y prosiguió: *-Narváez, el nuevo hombre fuerte, está resuelto a modernizar España. Su primera consigna será el afianzamiento del orden público, tan maltrecho estos últimos años. Para eso, le será vital disponer de la información temprana que sólo le puede proporcionar un sistema de comunicación telegráfica óptica de ámbito nacional.* Llegado a este punto, le interpele, *-Don Manuel, me permito recordarle que, como usted bien conoce, un*

*sistema análogo, el telégrafo de Lerena, ya fracasó y, sin embargo, el telégrafo eléctrico...-. Detuvo en seco mi argumentación. Con autoridad, me espetó: -Mi querido amigo, el señor ministro de la Gobernación ha fijado como objetivo que el telégrafo óptico alcance en los próximos años el desarrollo que tiene en un país tan avanzado como Francia. A usted, como ingeniero de caminos de prestigio, se le exige la revisión y supervisión del pliego de condiciones técnicas que ha de acompañar al Real Decreto, cuya promulgación se hará sin demora, en un plazo máximo de dos meses.*

Salí de su despacho al frío de la mañana de Madrid, demasiado herido en mi orgullo como para sentirlo. Por una parte, su razonamiento era intachable: había una evidente voluntad política y la red de comunicaciones ópticas de Francia era excelente y en expansión. Sin embargo, yo conozco perfectamente las barreras y limitaciones de esta tecnología, las he sufrido casi en primera persona, para mí era una elección miope, muy de corto plazo. Me recompuse, primero hay que sobrevivir al presente. Caía una fina aguanieve. No pude evitar pensar en Hipólito, el malogrado telegrafista.

El Real Decreto fue publicado según lo previsto, el pasado 1 de marzo. A los pocos días, recibí la visita de José María Mathé, coronel de la Marina y viejo amigo, pues ambos habíamos colaborado en el establecimiento de la obsoleta línea de Aranjuez a Madrid del telégrafo de Lerena. Mathé era un hombre entusiasta, brusco en las formas, apasionado del progreso, ambicioso en exceso y, como buen militar, buen organizador. Nos dimos un fuerte apretón de manos. *-Hizo usted un excelente trabajo con el pliego de condiciones del decreto-*, me dijo, halagándome. *-Gracias, pero ¿cómo sabe que fue cosa mía?, tal información no es pública. -Siempre hay que tener buenos contactos, amigo mío,* fue su respuesta. Y continuó hablando: *-Mi objetivo es elaborar un proyecto ganador y nadie, modestia aparte, tiene tanta experiencia como yo, que tan estrechamente colaboré con Lerena. El proyecto exige rodearse de los mejores, entre los que le incluyo a usted-*. Le di las gracias con un ligero ademán de cabeza y prosiguió sin inmutarse: *-De usted necesito su experiencia y su conocimiento del terreno para salvar el crítico paso de Guadarrama a la meseta, que tantos quebraderos de cabeza supuso hace una década. Y hay otro*

*problema: Varela está empeñado en mantener la estación de Siete Picos, pero tanto usted como yo sabemos que es inviable. Usted le conoce bien; encontrará el modo de convencerle-*. Asentí con prudencia. No conocía lo suficiente a Varela, pero sí las circunstancias del fallecimiento de Hipólito en Siete Picos, ocho años atrás. En mi fuero interno, me reafirmé en que no había más alternativa que la telegrafía eléctrica, aunque, desdichadamente, ni estaba todavía lo suficientemente madura, ni nuestras autoridades lo bastante convencidas para impulsarla. Pero acepté. Acordamos mis emolumentos y que, por seguridad, me asignaría un asistente del ejército bien experimentado, en evitación de intempestivos asaltos de los facinerosos que se cobijan en la sierra de Guadarrama. Nos estrechamos la mano. *-¿Le apetece un café?*, me dijo. *-Sin duda, contesté. -¿Qué tal la cafetería de Venecia?, aquí mismo en la plaza de Santa Ana-*. Su propuesta era tentadora. *-Encantadísimo*, le dije y continué, *-¡por el éxito del proyecto!, invita usted ¿no?-*.

En estos últimos dos meses mi actividad ha sido frenética: he buscado localizaciones, levantado planos, señalado accesos. Me he convencido de que la idea inicial de Mathé -por otra parte, solvente topógrafo-, es la adecuada: salvar Guadarrama por el puerto del Alto del León, a sólo 1500 metros de altitud, no a 1940, como Siete Picos, casi inoperativo en invierno por las nieblas. En consecuencia, las ubicaciones óptimas para levantar las nuevas estaciones adyacentes son: a dos leguas y media, Cabeza Mediana, en Moralarzal; por el lado segoviano, el Cerro de Castrejón, distante unas tres leguas.

Deliberadamente, he retrasado la inspección de hoy para el final. Me trae malos recuerdos y ni siquiera sé si tiene sentido. No soporto tener que pagar derechos de portazgo para pasar el puerto de Navacerrada con los caballos que tomamos esta mañana en la hospedería. Y ahora estamos aquí, junto al viejo telégrafo de Siete Picos, en desuso desde 1836. Los daños son evidentes: parte de la techumbre está desplomada, hay agujeros en el muro y bloques de piedra caídos, el interior está desolado por obra de bandoleros. Su alcance visual es inmenso: de hecho, fue la razón de su elección. Saqué el catalejo de la mochila y, al modo de los viejos telegrafistas, enfoqué al sureste, a la torre del Estepar en Hoyo de Manzanares, que revisamos hace unos días. Aunque también

severamente dañada, en la distancia se ve nítida e idealizada. Giré hacia la vertiente segoviana y divisé la estación destino, en el Palacio de La Granja; a su izquierda, la torre de Matabueyes, estación intermedia que enlazaba con el Palacio Real de Riofrío. Apenas ya jirones inservibles de historia, condenadas al olvido. Observando los restos de neveros que quedaban dispersos por los alrededores, mi ayudante comentó: *-¡Vaya lugar para trabajar! Es espectacular, pero ¡qué frío debe hacer aquí en invierno! -Sí, un lugar donde los buenos telegrafistas mueren, si; de frío y de soledad-*, fue mi apesadumbrada respuesta. *-¡Por Dios!, no se ponga usted tan trágico, ¿conoce algún caso?*, me preguntó.

En efecto, se llamaba Hipólito, natural de Cercedilla, como yo mismo. Había estudiado en Madrid y era periodista. Se inició colaborando con “El Zurriago”, el periódico más exaltado del trienio liberal. Tras su cierre, pasó a ocuparse de los estrenos de teatro, las reseñas taurinas y las necrológicas del absolutista “Diario Oficial de Avisos de Madrid”, del que acabó por ser despedido. Cuando surgió la oportunidad del telégrafo en 1832, le conseguí un puesto de transcriptor de mensajes de telegrafía óptica en la Torre de Lujanes, en Madrid, donde estaba la central. Se había casado y tenía un hijo pequeño. Todo parecía rodar bien. Hasta aquel fatídico julio de 1834. La terrible epidemia de cólera se extendió como la peste por Madrid y, aunque la prensa oficial no alertó a la población, la corte corrió presta a refugiarse en La Granja. Llegaron rumores de ataques carlistas, amigos de los curas, se decía. Hipólito lo sabía: estaba bien informado a través del telégrafo. Para su infortunio, su mujer y su hijo enfermaron gravemente y, en cuestión de horas, murieron. Creo que enloqueció. Dos días después, el 17 de julio, todo Madrid entró en pánico y aconteció la tristemente famosa matanza de frailes, en la absurda idea de que ellos habían envenenado el agua de las fuentes. Tras el motín, él fue uno de los apresados y acabó también por ser uno de los 79 enjuiciados. Fue entonces cuando usé de toda mi influencia y contactos para salvarle de la cárcel, pues él era para mí como un hermano. Lo conseguí. Le ofrecí el puesto de operador de la estación de Siete Picos, cerca de su casa, de Cercedilla, donde quizá pudiera hallar un poco de sosiego, a lo que estuvo de acuerdo. Ahora sé que fue una pésima decisión. Simplemente cambió de cárcel: la vida del telegrafista es dura. Aquella torre no era sino un barracón militar, frío, solitario, con mala comida y pésima higiene.

Quedaba aislado del mundo en días con niebla, lluvia o nieve. El trabajo era escaso y el telégrafo pasaba mucho tiempo mudo. Y aunque eran dos las personas que trabajaban por turnos, su compañero había desertado en aquellos días. Hipólito debió enfermar, en silencio. Ese malhadado día de primavera de 1836 hubo un fallo de comunicación: Siete Picos no transmitía el mensaje del nombramiento de Istúriz al frente del gobierno. Me encargué yo, personalmente, de supervisar qué estaba ocurriendo. Al llegar, noté el frío de la torre, pues el fuego de la chimenea se había apagado. Lo encontré en su catre, tapado con una manta. Sobre la mesa, unas líneas manuscritas, un último mensaje que el telégrafo jamás transmitiría: *“Mi vida queda atrás, os echo de menos, a ti Luisa, a ti Juan, apenas soy ya vuestro olvidado recuerdo, me desvanezco en medio de este páramo, esta montaña hostil, donde sólo los lobos tienen fortaleza para sobrevivir”*. En agosto de ese mismo año los Reales Sitios fueron abandonados. La línea se clausuró.

Recomendaré a Mathé restaurar la torre, *su* torre. A Varela se lo justificaremos como alternativa en caso de emergencia, pero sólo será la excusa para acallar mi conciencia. Sé que nunca se usará. Vuelve mi pensamiento a la diligencia y al camino polvoriento que nos llevó ayer a la hospedería. Me imagino una línea de ferrocarril cruzando Guadarrama y, de su mano, el telégrafo eléctrico. Las comunicaciones serán instantáneas, lo demuestran los desarrollos de William Cooke y Charles Wheatstone en Inglaterra y de Samuel Morse en Estados Unidos. Se alzarán postes con cables que portarán la señal eléctrica y transmitirán la información más veloz que cualquier correo de postas. El telégrafo óptico quedará como una mera curiosidad objeto de recuerdo (o de olvido). Y no habrá más Hipólitos.